

# LIBROS

## Claudio Rodríguez: el hombre que escribía al caminar

Unos dicen que es el mejor de su promoción; otros, que debería escribir más, que trabaja poco, y hay alguno que le reprocha su independencia con relación a escuelas, métodos, grupos, estilos comunes, pero también se le elogia por ello. El primero o no en calidad —y nosotros pensamos que uno de los primeros—, está entre los que reúnen más humanidad y cualidades personales, lo que tiene bastante importancia en un poeta.

«Don de la ebriedad», «Conjurados» y «Alianza y condena» le han proporcionado sobrados títulos para poder opinar acerca de su obra y de la obra de los demás. Claudio Rodríguez, zamorano de 1934, es, por otra parte, quizá el más joven de su generación poética y, desde luego, el que rompió la marcha promocional: recibió el Adonáis a los diecinueve años, y uno antes que José Ángel Valente. Detrás vinieron los otros; Ángel González y Caballero Bonald,

y los de Barcelona, los Biedma y Goytisolo, por citar a los principales.

Claudio Rodríguez ha vivido muchos años en Inglaterra, como profesor de Cambridge; conoce bien la literatura inglesa y muy bien la española. Ahora es profesor en Madrid, para alumnos de habla inglesa.

—*Sé que no te parece positivo este momento poético.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ.—Si te refieres a los últimos, los de Castellet, eso es cierto. Este momento no me parece muy positivo.

—*Hay en ellos, sin embargo, una preocupación por recuperar lo mejor del surrealismo y del modernismo, o, al menos, lo que aún puede ser objeto de rescate en aquellos movimientos.*

C. R.—En lo que han hecho hasta ahora no se advierte una reanudación, un intento de reintegrar los valores del surrealismo o del modernismo. Pienso que han asumido posturas totalmente anacrónicas, no siempre para legitimarlas, sino a veces en virtud del vaivén de la moda. Por otro lado, creo que esta moda no sólo los ha afectado a ellos en su quehacer poético, sino que está presente en nuestra manera de vivir, en las costumbres... se nota en el vestir, en la decoración. Yo entiendo que responde a una reacción frente a un tiempo, el anterior, excesivamente realista. Reconozco que en esta cuestión la clave reside en el in-



Claudio Rodríguez

tento de renovación del lenguaje poético que supone la breve obra de los nuevos. Se imponía un alejamiento del lenguaje hablado que había predominado hasta ahora. No existía separación entre el lenguaje coloquial y el poético, si bien las dos fórmulas ya se han dado en otras épocas. Puede advertirse la separación en el barroquismo de Góngora y la proximidad en Cervantes. Otros ejemplos más cercanos son los de Camponar y el modernismo de Rueda y Rubén Darío. Cualquier lector puede hacerse cargo del salto que los modernistas dan hacia una radical separación de ambos lenguajes. Hace algunos años, la palabra poética (estoy pensando en Otero y en Celaya) se hallaba muy en contacto con el lenguaje cotidiano. Y que conste que no quiero asumir

una actitud polémica; es una postura absolutamente personal.

—*No obstante, parece contradecirte, pues si defiendes el alejamiento del excesivo uso del lenguaje coloquial estás defendiendo la empresa de los jóvenes de Castellet.*

C. R.—Ahí quería llegar. Puedo defender sus propósitos, pero no sus realizaciones cumplidas. Es fácil comprobar en ellas que la palabra poética no se crea desde dentro, el suyo no es un lenguaje vital que nazca de las zonas profundas de la personalidad, sino que es un lenguaje más bien ornamental y externo. Es más o menos brillante, pero externo. Y todo lo que no arranque de los estratos más hondos se queda en moda. No existe en ellos creación auténtica. Hay como una falta de poder creador. Digo

esto con toda sinceridad, aun a sabiendas de que, en la vida literaria, cada vez que dices la verdad, lo que tú entiendes que es la verdad, te creas un enemigo.

—*Volviendo al tema anterior, nunca puede imaginarme que fueras tan contrario al realismo.*

C. R.—La terminología despectiva. Hay muchas formas de realismo. Es una cuestión de niveles. En la poesía de la promoción anterior estaban desechados «a priori» los elementos mágicos. Se hacía poesía-testimonio, como se hacía también novela-testimonio. Recordemos a Cela, que cumple con reflejar lo que ve sin inventar nada...

—*Reflejar "sin caridad, tal como la vida discurre".*

C. R.—Justamente, era una actitud expresa. Ahora, sin embargo, damos mayor importancia a la invención, a la imaginación. No hace falta citar nombres. Pero todo poema es un testimonio, se quiera o no. Todo lo que hace el hombre es testimonio del hombre. Y el poema-reportaje no me parece suficiente; su realismo es superficial, refleja los actos externos. La realidad es la apariencia de la irrealidad; hay que llegar a lo más hondo.

—*Se ha hablado bastante de tu reivindicación de Gómez de la Serna.*

C. R.—Millares de metáforas de Aleixandre, de Guillén y de Lorca provienen del ramanismo. Se trata, por otra parte, de una nueva interpreta-

## HABLANDO DE ESPAÑA

En el año 1969, el príncipe Juan Carlos de Borbón fue nombrado heredero a la sucesión de la Jefatura del Estado. Fue nombrado en octubre un gobierno, al que se consideró «monocolor», que apareció en principio como liquidador de algunos elementos residuales acumulados desde la guerra civil y la posguerra, de otros que resultaban marginales en la organización de la vida social. Fue un año que comenzó con el sobresalto de la Ley de Excepción y se fue dejando abierto el «caso Matesa». El relato de ese año aparece en «España. Perspectiva 1970» (1), escrito por un especialista y completado por excelentes y abundantes apéndices documentales y cronológicos. Dos colaboradores de TRIUNFO en este libro: José Monleón y Enrique Miret Magdalena, que examinan, respectivamente, el tema del teatro —«un instrumento de enorme importancia para la vida española»— y la Iglesia —«cansancio, confusión y crisis»—. En un breve prólogo, Ignacio Camuñas expone los tres problemas esenciales planteados en la perspectiva de 1970: la articulación del pluralismo político que canalice jurídicamente las voluntades discrepantes, la representatividad y democratización de la Ley Sindical y la acomodación de las relaciones Iglesia-Estado, que dejen mayor independencia a la Iglesia.

Otro examen de España, con mayor amplitud de tiempo vigente y mayor profundidad, por lo tanto, de calado, es «España, ¿una sociedad de consumo?» (2), cuyos temas son las clases sociales, la ideología, la erotización, los medios de comunicación de masas, el comportamiento religioso, la cultura; todo ello en las coordenadas de la sociedad llamada de consumo, y en cierta duda, expresada ya por las interrogantes del título, acerca de si nuestro país ha entrado ya en la era del consumo, y una cierta tendencia en algunos de sus colaboradores (A. Míguez, J. Castillo, Amando de Miguel, J. Jiménez Blanco), aparentemente cómodos en la situación, a justificarla y sostenerla con lenguaje prudente y moderado. Personalmente podemos permitirnos dudar de la capacidad de observación de alguno de estos jóvenes tecnócratas, concretamente de Amando de Miguel, que emite algunos juicios acerca de TRIUNFO y «Cuadernos para el Diálogo», y, a juzgar por su terrible equivocación, no parece especialmente dotado para calificar fenómenos de la vida nacional. Otros colaboradores, en cambio, aparecen contrarios a la sociedad de consumo. Así Castilla del Pino, que la considera culpable de aumentar simultáneamente la erotización y la represión, o el padre Jesús Aguirre, que la culpa de algunas frustraciones religiosas. Nuestro Vázquez Montalbán denuncia el culto al objeto-mito creado por los «mass media» (es-

pecialmente radio y televisión) y Eduardo Chamorro, colaborador también de nuestra revista, señala el «enorme conflicto entre la cultura y la sociedad de consumo en cuanto conflicto dialéctico entre el ejercicio de la libertad y su plasmación en un concepto estático y hueco». El libro concluye con un ensayo de Antonio Fernández Alba, «El diseño entre la competencia y la regulación», donde dice: «Nuestro país vive una organización capitalista improvisada, con una indocumentada toma de contacto con la gran sociedad industrial, programada en sus niveles económicos por otra élite tan abstracta y con unos ritos a veces tan provocativos como lo han sido las minorías del mundo del diseño, fundamentalmente los arquitectos y urbanistas. Esta sociedad no requiere ni desea del proyecto; lo improvisa o lo importa y no pocas veces lo justifica para suplir otra serie de intereses».

■ H.

(1) «España. Perspectiva 1970», por Raúl Morodo, Enrique Tierno Galván, Enrique Miret Magdalena, Rafael Conte, Miguel Rubio, José Monleón, Miguel Herrero R. de Miñón, José A. Meliá Pericas y Antonio Figueroa. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1970.

(2) «España, ¿una sociedad de consumo?», por A. Míguez, J. Castillo, A. de Miguel, Jiménez Blanco, C. Castilla del Pino, A. Vázquez Montalbán, J. Aguirre, E. Chamorro, A. Fernández Alba. Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1970.